

mo si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, quando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veía; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo, que verdaderamente me sacó fuera de mí. Todo lo que yo puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetadas y carabinazos oí gritar á mis camaradas: *vitoria! vitoria!* Al oír esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y ví tendidos en el campo los cadáveres de los quatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por sus insulsas y frias gracias sobre los escapularios y medallas. Otro recibió una bala en la rodilla derecha; y el Teniente fué tambien herido, pero muy ligeramente, pues el golpe apenas hizo mas que lamerle un poco el pellejo.

Corrió luego el Señor Rolando á la portezuela del coche, vió dentro una dama de veinte y quatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en

en sí. Mientras él se ocupaba en mirarla nosotros atendimos al botin. Lo primero que hicimos fué asegurarnos de los caballos que habian servido á los muertos, porque espantados con los tiros se habian descarreado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para desprenderlas de los tirantes, y las cargamos con las mangas y maletas que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la dama por orden del Capitan, la qual aun no habia recobrado sus sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dexando en el camino el coche y los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la dama, las mulas, los caballos y preséas.

CAPITULO X.

De qué modo se portaron los vandoleros con la Señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y suceso que tuvo.

Llegamos á la cueva una hora despues de haber anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo Negro habia tres dias que estaba en

en cama, rendido á los dolores de la gota, y á un fiero reumatismo, que apenas le dexaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias. Dexamos aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina para cuidar de la dama, que estaba rodeada de las sombras de la muerte. Hicimoslo tan bien que logramos volviere del desmayo. Mas quando recobró sus sentidos, y se vió entre unos hombres, que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á una viva fantasia, todo se veía pintado en sus ojos, que levantaba al Cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entónces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El Capitan pareciéndole mejor abandonarla á sí misma que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dexándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros al salon, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció las heridas del Teniente, y de su compañero, y les aplicó no sé qué bálsamo. Hecha esta operacion se pasó al exámen de

de lo que habia en las mangas y en las malletas. Halláronse algunas llenas de telas y de encaxes, otras de vestidos, y la última que se registró contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este exámen la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego cayó la conversacion en nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dixo: confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; antes bien lo confieso de buena fé; pero déxenme Vms. hacer dos ó tres campañas, y entónces se verá si sé pelear como un Paladín. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo se le debe perdonar, porque la accion fué muy viva, y para un mozo, que jamas habia visto el fuego, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habiamos traído, y resolvióse que el dia siguiente iríamos todos á venderlos en Mansilla, donde verisimilmente no habria llegado todavia la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto acabamos de cenar, y nos fuimos á la cocina para ver á la pobre dama. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella un leve soplo de vida, algunos ladrones no dexaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos si el Capitan

tan no los hubiera contenido, representándoles, que á lo menos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la hacia poco menos que insensible. El respeto que tenian al Capitan refrenó su incontinencia. Sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la dama, y aun despues de su muerte no estaria seguro su honor.

Dexamos en tan triste situacion á aquella infeliz Señora, contentándose Rolando con encargár á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada qual á nuestro quarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, quando en vez de entregarme al sueño solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre Señora. No dudaba que fuese una persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser su suerte mas deplorable. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan vivamente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, despues de haber llorado su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en librarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el Negro no se podia mover á causa de sus dolores, y que la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me recalentó la imaginacion, y me hizo concebir

bir un proyecto que digeri muy bien, y despues di principio á su execucion en la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorrumpí desde luego en ayes y en gemidos: pasé despues á levantar la voz, dando gritos y dolorosos alaridos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi quarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo una horrible cólica, y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome estrañamente. Hecho esto de repente me quedé muy tranquilo y sossegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolverme en la cama, y á retorcerme los brazos. En una palabra, representé con tanta destreza mi papel, que los ladrones no obstante ser tan finos y tan astutos se dexaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Así pues, todos se dieron la mayor priesa á socorrerme. Uno me traía una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad, otro á pesar mio me aplicaba una lavativa de aceyte de almendras dulces, otro iba á calentar servilletas, y casi abrasando me las ponía sobre la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuían mis clamores

mores á la violencia del cólico , y me hacian sufrir dolores verdaderos , queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin no pudiendo ya sufrir mas , me ví obligado á decir , que ya no sentia retortijones , y que no necesitaba de remedios. Cesaron de fatigarme con ellos , y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á socorrerme.

Duró esta escena casi tres horas , y los ladrones juzgando que ya no podia tardar de venir el día , partieron todos á Mansilla. Mostré gran deseo de acompañarlos , y me quise levantar para que lo creyesen ; pero no lo permitieron. No , no , Gil Blas (me dixo Rolando) quédate aquí , hijo mio , porque te podria repetir el cólico : otra vez vendrás con nosotros , que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida , y lo hice con tanta naturalidad que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron , lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes , entré en cuentas conmigo , y me decia á mí mismo : ea , Gil Blas , ahora sí que necesitas gran resolucion. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en parage de oponerse á tu gloriosa empresa. Leonarda no te puede impedir su execucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte , quizá no encontrarás jamas otra tan favorable. Es-

tas reflexiones me llenaron de aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama : vestíme , tomé mi espada y mis pistolas , fuíme derecho á la cocina ; pero antes de entrar en ella , habiendo oído hablar á Leonarda me detuve , y apliqué el oído para entender lo que hablaba. Discurria con la dama desconocida , que , habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo , y comprehendiendo entónces todo su infortunio lloraba amargamente faltando poco para desesperarse. Lloro , hija mia , (la decia ella) y llora todo quanto puedas : no reprimas los suspiros , y da libertad á los sollozos ; con eso te desahogará. Es cierto que parecia peligroso el accidente , pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Así que se haya mitigado tu dolor (que poco á poco se desvanecerá) te acostumbrarás á vivir con estos Señores , que todos son gente honrada , y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una Princesa. Todos á porfia se esmerarán en complacerte , y cada día te mostrarán mas amor. ¡Oh! y cuántas mugeres envidiarían tu fortuna si la supieran.

No la dí tiempo á que dixese mas. Entréme en la cocina con intrepidez , púsela una pistola á los pechos , amenazándola que la quitaria en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente , y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi accion , y aunque ya habia vivido sobrado tiempo , todavía te-

nia tanto amor á la vida , que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme , ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente , y luego que la tuve en la mano , volviéndome á la bella afligida , la dije : Señora , el Cielo os ha enviado un libertador ; levantaos para seguirme , que yo os conduciré , y os pondré con toda seguridad donde me lo mandéis. No se hizo sorda á mi voz : mis palabras hicieron tanta impresion en su espíritu , que recobrando todas las fuerzas que la restaban , se levantó , arrojóse á mis pies , y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla , y la aseguré que se fiase de mí , y contáse con mi honradéz. Tomé despues algunos cordeles que habia en la cocina ; y ayudándome la misma dama amarré con ellos á Leonatda á los pies de una gran mesa , protestándola que la quitaria la vida al menor grito que diese. Encendí despues una vela , y acompañado de la dama desconocida pasé al quarto donde estaban las especies de plata y oro. Llené los bolsillos de todos los doblones que pudieron caber en ellos , obligando á la dama á que hiciese lo mismo , puesto que en eso no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision , marchamos á la caballeriza , donde entré yo solo con mis pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dexaria ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo , y

es-

estaba resuelto á curarle de una vez todos sus males si no queria ser bueno ; pero afortunadamente se hallaba á la sazón tan oprimido de los dolores que habia tolerado , y que le atormentaban aun , que saqué mi caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La dama me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva : abrimos la reja , y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla , ó , por mejor decir , para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba á rayar el dia quando nos vimos fuera de aquel abismo : y de lo que mas cuidamos entónces fué de alejarnos quanto antes de él. Yo monté á caballo ; puse la Señora á la grupa , y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó , tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura , donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la ventura , teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla , y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas , que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor , porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion , como si fuera para ellos

UNIVERSIDAD DE ALFONSO REYES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1929 MONTERREY, MEXICO

ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer Meson , y ordené luego que guisasen una liebre , y asasen una perdíz. Mientras esto se disponia conduxe la dama á un quarto , donde comenzamos á discurrir , lo qual no habíamos podido hacer en el camino, por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que la habia hecho , diciéndome , que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames , de cuyo poder la habia libertado. Contéla entónces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza , y me refiriese sus infortunios , como lo hizo de la manera que se dirá en el Capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

Historia de Doña Mencía de Mosquera.

Nací en Valladolid , y mi nombre es Doña Mencía de Mosquera. Mi Padre , Don Martin , Coronel de un Regimiento , fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del Rey. Dexóme pocos bienes , y consiguientemente aunque era única no podia pasar por una gran conveniencía. Mas sin embargo de mi

es-

escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos Caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano ; pero el que se llevó mi atencion fué Don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y ayroso de todos ; y ademas otras prendas muy sólidas me determinaron á su favor. Era discreto , entendido y valiente , acompañando á esto lo muy comedido , atento , pundonoroso , y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado , mas brioso ni mas diestro. En las justas era la admiracion de todos su despejo , su entereza , habilidad y valor. Finalmente lo preferí á sus contrarios , y le concedí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en cierto sitio retirado con Don Andres de Baeza , que habia sido uno de sus antiguos competidores conmigo. Picáronse los dos , sacaron las espadas , y costó la vida á Don Andres. Era este sobrino del Corregidor de Valladolid , hombre de genio violento , y enemigo mortal de la casa de Mello , y por consiguiente juzgó Don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa , contóme lo sucedido , y me dixo : querida Mencía , es indispensable separarnos. Ya conoces al Corregidor ; me perseguirá vivamente. No ignoras lo mucho que puede en España , y así no estoy seguro en el Reyno. No le permitió de-

cir